

que Améry hubiera suscrito la tesis de Glucksman sobre el sentido del exterminio en la cosmovisión totalitaria. Al buscar la aniquilación total, aceptando incluso la inmolación de sus artífices, «el pavor se convierte en la *ultima ratio* de una estrategia»⁸. Desde esta perspectiva, los actos de violencia no significan nada, salvo la afirmación de un poder que asume su desaparición como efecto de su manifestación. Lo cierto, en cualquier caso, es que «quien ha sufrido la tortura, ya no puede sentir el mundo como su hogar». La experiencia del otro como enemigo es incompatible con «un mundo donde reine el principio de esperanza»⁹.

Frente al animal, que establece unas relaciones de pura necesidad con la naturaleza, el hombre necesita «habitar» su entorno, transformarlo en mundo. El Estado-jardín soñado por Hitler excluye de su seno a una parte de la humanidad, cuyo efecto disgregador se revela incompatible con las legítimas ambiciones del pueblo ario, comunidad providencial a la que le corresponde actualizar las perfecciones de nuestra especie. La concepción de la historia de la biopolítica nazi prohíbe hablar de un «hogar judío» o de una «patria socialista». En ambos casos, reunimos en una expresión términos que se repelen. La noción de hogar está reservada a los grupos que contribuyen al sentido ascendente de la vida. La itinerancia del judío o el internacionalismo de los partidos socialistas es la consecuencia del odio a la vida. Los judíos y los comunistas no pueden construir un mundo, porque la esencia de su naturaleza es conspirar contra él. Esa incapacidad explica su resentimiento y justifica su exterminio. Su aniquilación sólo es una forma de expulsar del mundo a los que, por otro lado, siempre estuvieron fuera de él. Al negarles la posibilidad de una patria, los nazis frustraron una aspiración esencial de la naturaleza humana. «Patria –escribe Améry– es seguridad y es preciso tener una para poder prescindir de ella»¹⁰. Cuando eres despojado de esa referencia, pierdes la posibilidad de encontrar otro lugar, otra patria, pues la patria es el espacio donde discurre nuestra infancia y juventud. Los judíos, al ser expulsados de sus casas, descubrieron que esa tierra jamás había sido su hogar y, lo que es peor, perdieron su pasado. Aunque en los años sesenta, Améry ya advierte las primeras señales de la globalización, coincide con Nietzsche en que «no es bueno carecer de patria»¹¹. Ante esa pérdida, sólo puede invocarse la ética del resentimiento. Puede parecer extraño levantar una moral sobre esta vivencia, pero Améry, al

⁸ Glucksman, André, Dostoievski en Manhattan, Madrid, Taurus, 2002.

⁹ Améry, Jean, o. c., p. 107.

¹⁰ Améry, Jean, o. c., p. 117.

¹¹ Améry, Jean, o. c., p. 138.

igual que Benjamin, rechaza la idea de un tiempo lineal y homogéneo. La solidaridad también se proyecta hacia atrás, comunicando a unas generaciones con otras. El resentimiento no implica venganza, sino la necesidad de revertir el tiempo. Es una rebelión contra el pasado que permite reconocer en la víctima la imagen del semejante. Améry considera injusto responsabilizar a las nuevas generaciones de los crímenes de sus antepasados y deplora los actos de terrorismo de una extrema izquierda que equipara la democracia de Willy Brandt con la dictadura de Hitler, pero no esconde su convicción de que el genocidio del pueblo judío concierne a todos los alemanes de su tiempo. Es una culpa colectiva que nunca podrá borrarse y que sólo se atenuará, asumiendo que los crímenes del nazismo forman parte de la historia alemana. No se puede neutralizar su recuerdo. Por el contrario, hay que integrarlo en la memoria de todos. Améry cita a Hans Magnus Enzensberger, según el cual «Auschwitz es el pasado, el presente y el futuro de Alemania». La reivindicación del resentimiento como forma de reversión de la historia recuerda la postura de Kertész en *Kaddish por el hijo no nacido*, donde el autor reivindica la infelicidad como condición de posibilidad de su trabajo. Kertész afirma no estar dispuesto a renunciar a ese estado de insatisfacción que garantiza la continuidad de su producción literaria. En cualquier caso, la responsabilidad colectiva del pueblo alemán no debería actuar como una cortina de humo, capaz de borrar o difuminar la responsabilidad de otras naciones europeas e incluso la de una cultura que ha incubado fantasías eugenésicas y absolutos excluyentes. Zygmunt Bauman ya advirtió que «Alemania hizo lo que hizo en razón de lo que comparte con el resto de nosotros. La *Endlösung* (Solución Final) fue un laboratorio en el que se puso a prueba –un verdadero *experimentum crucis*– la capacidad de nuestra civilización para alcanzar la perfección mediante la eliminación de aquellos seres que no llegan a la perfección. Es sólo una de las capacidades modernas y no atesora una ‘inevitabilidad histórica’ que conduzca al Holocausto, pero, sin la civilización moderna, sin el conjunto de sus logros que tanto nos enorgullecen, el Holocausto que tuvo lugar en Alemania habría sido impensable»¹².

Al igual que Kertész, Améry no descubrirá lo que significa ser judío hasta que el nuevo orden de la Alemania nazi lo incluya en los programas de aniquilación de «formas de vida sin valor». La deportación le revelará el sentido de la exclusión, pero no logrará despertar sentimientos de afinidad o pertenencia con la comunidad judía. Las referencias culturales, religiosas

¹² Tester, Keith, «Diálogo con Zygmunt Bauman. Holocausto y modernidad», en *Claves de Razón práctica*, n.º 125, septiembre 2002, p. 53.

e históricas que le atribuyen las autoridades alemanas apenas han intervenido en la formación de su identidad. Son algo ajeno que, sin embargo, determina su destino. La experiencia en el *Lager* no modificará esta sensación de extrañeza. Dicho de otro modo: no incorporará a su realidad personal el legado que le correspondería de acuerdo con su origen racial. Después de la guerra, Améry sigue sin considerarse judío, pues no habla hebreo ni ha visitado el Estado de Israel. Tampoco es creyente ni conoce demasiado bien las tradiciones de su pueblo. Sin embargo, el tatuaje de Auschwitz en su brazo izquierdo es más vinculante que el Talmud o el Pentateuco. Es la «cifra» de su existencia judía, pero de un judío «sin señas de identidad positivas. Ese es mi lastre y mi cayado»¹³. Ser judío no es una distinción racial, sino una categoría cultural que justifica una filosofía de la historia basada en la perfectibilidad indefinida del género humano. Sin una referencia negativa, las leyes históricas y naturales pierden su sentido. Progresar es alejarse de algo. La utopía de un futuro exento de ese pueblo decadente, quintaesencia del nihilismo y del odio hacia la vida, convierte el exterminio en una exigencia moral que concierne a toda la humanidad. Se olvida que Hitler se consideraba el artífice de las ambiciones del género humano, el instrumento de un destino que se actualizaría con el III Reich, cuya duración desbordaría el milenio, imponiendo una era atemporal, el fin definitivo de la historia, ese regreso al origen que los antiguos identificaban con la Edad de Oro y que, gracias al progreso tecnológico, ya no desembocaría en una Arcadia rural, sino en un gigantesco taller, donde el hombre trascendería su individualidad para ponerse al servicio del sentido ascendente de la vida.

Améry carecía de creencias religiosas y de convicciones políticas. Su tolerancia y escepticismo no le ayudaron a sobrevivir. En su opinión, el ser humano es mucho más de lo que ha realizado: sus sueños incumplidos forman parte de su historia. Sin embargo, hay ciertas experiencias de las que no es posible salir indemne. La tortura y el *Lager* se extienden más allá de sus límites temporales. El mal no se agota en los actos que materializa. Sus efectos anidan en sus víctimas y producen frutos envenenados. Améry sobrevivió a Auschwitz, pero no fue capaz de soportar la redundancia de los errores humanos. Al contemplar los horrores de Camboya o Chile, escribió: «A veces se diría que Hitler ha conseguido un triunfo póstumo»¹⁴. No pudo resistir la tentación de imitar a Stefan Zweig quien, al ver cómo una nueva guerra frustraba sus expectativas de un mundo basado en la cultura

¹³ Améry, Jean, o. c., p. 186.

¹⁴ Améry, Jean, o. c., p. 89.

y la comprensión, se quitó la vida en compañía de su joven esposa. En el caso de Améry, el suicidio no respondió a una decepción ante el rumbo de la historia y, mucho menos, a un arrebato. Antes de emprender el camino de la muerte, reflexionó largamente sobre la finitud y la escasez de argumentos para justificar nuestra presencia en el mundo. No es improbable que Nietzsche incluyera sus razonamientos entre las formas de decadencia que abrazan el nihilismo, oponiendo el desaliento a la voluntad de vivir que posibilita querer «hacia atrás», ese amor hacia lo que es, con toda su carga de fatalidad y dolor, que no retrocede ante la posibilidad de que el pasado redunde sobre sus actos. Nada más ajeno a Améry que la vieja doctrina estoica, transformada por Nietzsche en imperativo moral y ontológico, un ideal regulativo que sí se advierte en los diarios de guerra del joven Jünger, desbordantes de amor hacia la vida. Améry es un espíritu libre, de acuerdo con el sentido de la aristocracia de Cioran, pero no un luchador que identifica la virtud con el esfuerzo de perseverar en la existencia. Spinoza atribuía al hombre libre una completa despreocupación de la muerte, pero Améry, que no aceptó otras obligaciones que las impuestas por su propia lucidez, meditó incansablemente sobre nuestra contingencia, cuyo signo distintivo es el progresivo deterioro del cuerpo. En *Reuelta y resignación* (1968), apunta que ante la muerte no cabe esperanza, pero tampoco resignación. Sólo hay una forma de salvar nuestra dignidad ante la inminencia de lo que nos privará de las categorías fundamentales de la vida, que no son otras que el tiempo, el espacio y el lenguaje. Una rebelión sin esperanza, una protesta sin expectativas. Ésa actitud es el único heroísmo posible. Lo demás es banal, estéril o, lo que es peor, grandilocuente. Toda la tensión de esa protesta se refleja en el retrato de Améry quien, al inicio de la edición española de esta obra, advierte al lector sobre lo que le espera. El que busque ayuda o consuelo, saldrá defraudado, pues no hay en sus páginas nada que mitigue la angustia provocada por el envejecer. La fotografía de Améry sólo transmite incertidumbre. Nos habla del fracaso inherente al mero hecho de existir. Su insoportable elocuencia se expresa en cada detalle: la mirada, cansada e irónica; la piel cenicienta y repleta de arrugas; el pelo gris y desordenado; la cabeza ligeramente inclinada sobre un cuello abierto, que muestra una carne maltratada por la edad y la estancia en Auschwitz; los párpados caídos y unos labios finos, que parecen sellados ante la imposibilidad de explicar con palabras lo vivido y lo que aún vendrá, ese silencio final que, en su caso, llegará por la vía del suicidio.

Améry advierte en el prólogo de *Reuelta y resignación* que sus reflexiones no están sujetas a comprobación o refutación. Son especulaciones que se mueven de espaldas al criterio de verdad de las ciencias positivas,